

EL MONASTERIO DE SAN SALVADOR DE OÑA Y LA TUMBA DE DON SANCHO EL MAYOR, REY DE NAVARRA

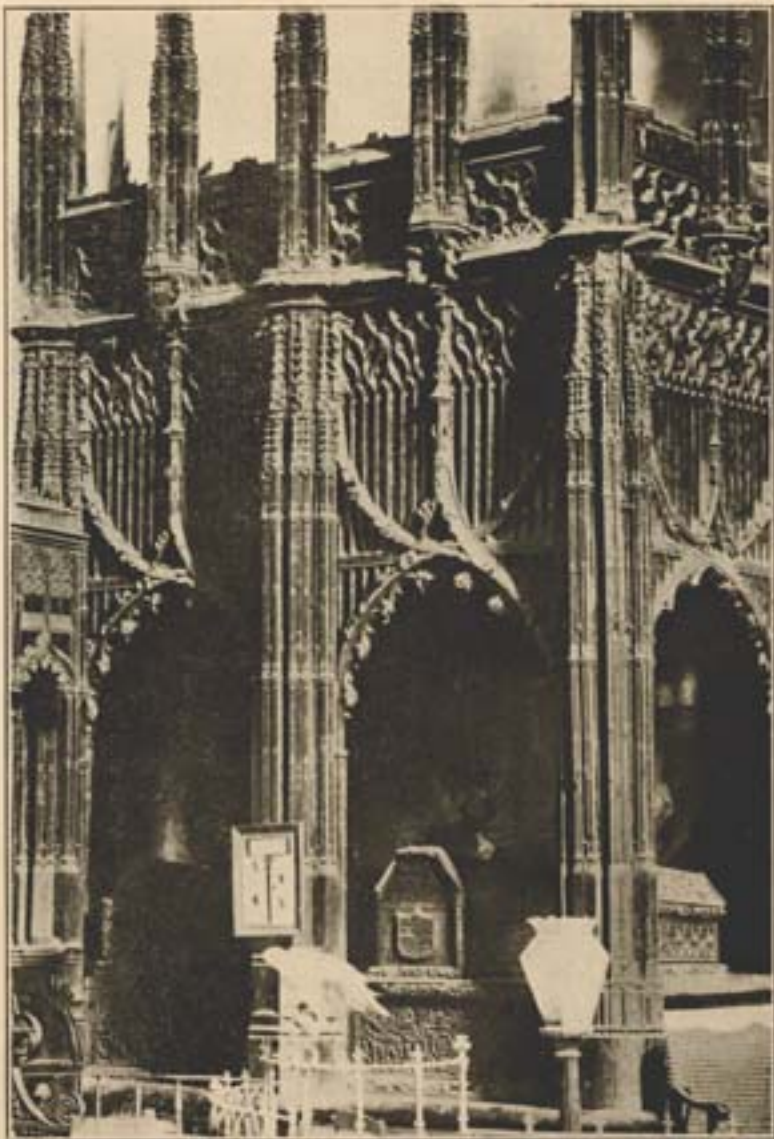
I

Notables son los contrastes que experimenta el ánimo en la travesía de irún a Madrid. Hasta internarse muy adentro en la provincia de Alava arroban el espíritu las magníficas perspectivas de montes bravíos y valles pintorescos recubiertos con el manto de espléndida y perenne vegetación; después el horizonte comienza a dilatarse y los montes ceden su lugar a campos de enceradas mieses y calcinados cerros. Mas antes de asomarse a la inmensa planicie castellana, cuyas líneas se borran y confunden en la lejanía, y de las que cantó el autor de «Dos cetros y dos Almas»:

Donde no hay un hilo de agua
Ni una mata de verdura,
Pero que ábrense a lo lejos
Infinitas como el mar,

se recibe la más agradable sorpresa a la vista de las rocosas murallas, rotas por el famoso desfiladero de Pancorbo, que atrevidas se yerguen hasta las nubes. Aquella montaña, avanzando imponente hacia el Oeste para enlazarse con los Pirineos, refuerza la ribera del Ebro, considerada como la segunda defensa natural de España; en su dirección occidental forma extensa línea de abruptas serranías que se desflecan en complicada red. ¡Cuántas veces desde aquellas altivas cumbres, desde aquel corrido balconaje atalayó el vigía cristiano los movimientos de enemiga hueste, que en sus atrevidas incursiones llevaba el terror a los pueblos emplazados en el llano! Y ¡cuántas también lleno de zozobra y ansiedad siguió en sus movimientos al ejército cristiano que, avanzando, penosamente dejando a sus espaldas el suelo abonado con huesos generosos, veía ensancharse «ante su caballo» el Condado de Castilla!

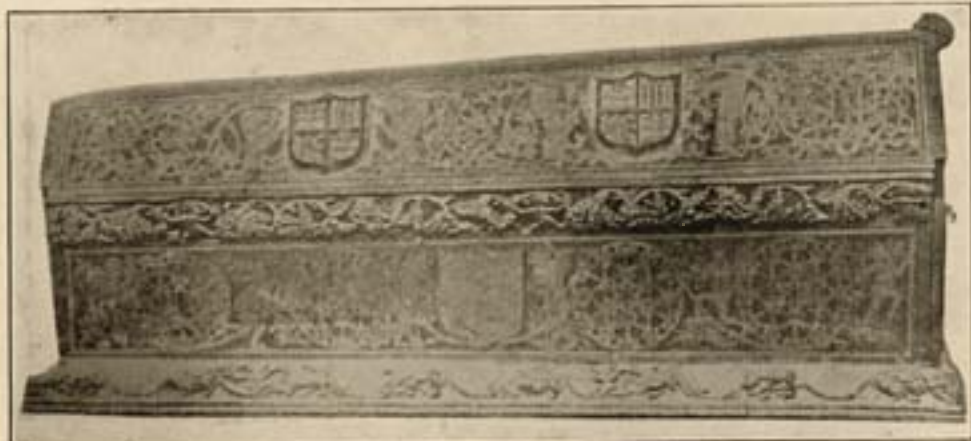
Sigamos hasta la antigua Birobesca (Briviesca) la que se ufana de haber albergado en su recinto las Cortes que dieron al heredero de Castilla el título de PRINCIPE DE ASTURIAS, y de haber sido con sus alineadas calles el modelo en que se inspiraron los cristianos para levantar a las mismas puertas de Granada la ciudad de Santa Fe, reto lanzado a la arrogancia musulmana: tomemos la carretera de Santander, que atraviesa la Bureba, por donde co-



Sepulcro de D. Sancho el Mayor y su esposa, Reyes de Navarra,
en el Monasterio de Oña.



Claustro del Monasterio de Oña



Urna que contiene los restos de D. Sancho el Mayor, en el Monasterio de Oña.

rrieron arrolladoras las mesnadas de Fernán González, y que formó parte de la corona de Navarra en tiempo de los primeros sucesores de Sancho el Mayor. En dirección a la montaña que dejamos atrás marcha la carretera para seguir en sus evoluciones los salientes y repliegues de su falda. A unos veintiocho kilómetros de Briviesca, seguida en su curso por el río Oca, se lanza victoriosa por una abertura que deja la montaña al quedar cortada. Dejémosla discurrir por entre simas burlando las dificultades que le salen al paso hasta avistar al humilde Ebro.

Estamos en Oña y a la vista de la antigua abadía Benedictina de San Salvador, donde los amantes del arte y aficionados a recuerdos históricos pueden satisfacer sus anhelos y nobles aspiraciones. El antiquísimo caserío de la arcaica villa se apiña en torno al monasterio que en suave declive se escalona y trepa al pie de la montaña. Almas artísticas en sumo grado debieron poseer los que cavaron su vivienda en aquella hondonada ceñida de picachos coronados de abruptos peñascales, se enriscaron en las fragosidades de una sierra de Leyre, o buscaron las soledades de los cantiles de Celorio, barreras infranqueables al estruendo mundanal.

II

Aquel Conde Don Sancho Garcés, uno de los más robustos brazos de la cristiandad contra el moro, y de quien un testigo ocular nos dejó este retrato de mano maestra: «No he visto entre los cristianos guerrero tal como Sancho, ni entre sus príncipes un hombre que le igualase en gravedad de aspecto, en firmeza varonil, en claridad de entendimiento, en sabiduría, en elocuencia; el único que podía serle comparado era su homónimo y deudo «Sancho (el Mayor), hijo de García, el señor de los Vascos, que luego reinó también en Castilla», (1) si dejó bien alto renombre de su talento político en el «Fuero Viejo», que le valió el dictado de *Sancho el de los buenos fueros*, y legó a la posteridad la célebre institución de los *Monteros de Espinosa*, perpetuada a través de los azares de tantos siglos, inmortalizó igualmente sus hechos con la erección del Monasterio de San Salvador de Oña.

De aquellos guerreros de la edad media que escribían sus hazañas contra los hijos de Mahoma levantando iglesias y monasterios que dejaban a retaguardia del ejército, firmemente persuadidos de que de allí habían de salir los esfuerzos heroicos y el valor venido de lo Alto para intensificar la reconquista. Don Sancho levantó este monumento para satisfacer las ansias de santidad de una de sus hijas, Doña Trigidia (2) que después de honrarlo con sus virtudes

(1) Dozy. *Recherches*, 3.^a edición, págs. 208 y sigtes. citado por Aben Haiyán.

(2) Con harto menoscabo y mengua de la fama del bueno de Don Sancho y de este real monasterio de San Salvador anda afeando las paginas de muchos libros la desautorizada fábula de que este fue levantado por Don Sancho para redimirse del

había de ser puesto por la Iglesia en los altares: sus otras dos hijas, Doña Munia (Mayor o Elvira) y Doña Teresa habían subido a los solios de Navarra y León para compartir la gloria o desventura de monarcas de historia tan diversa como Sancho el Mayor y Bermudo tercero.

Procedente del cercano y antiquísimo cenobio de Cillaperlata penetró en Oña el año de mil once la primera comunidad de monjas benedictinas, capitaneadas por la que había de ser su primera abadesa, Doña Oñeca, hermana del Conde Don Sancho. Siendo el pensamiento de éste hacer un monasterio *dúplice*, se trajeron monjes de la misma orden del inmediato de Loberuela que las dirigieran en lo espiritual. Cuando ocuparon la silla abacial monjas de la santidad de una Santa Trigidia floreció en todo su vigor la disciplina regular; mas muy pronto, eliminado de la vista aquel dechado de virtudes, la abundancia de riquezas que la munificencia de Don Sancho había acumulado, precipitó la relajación.

III

El año de 1028 fué la ciudad de León teatro de una sangrienta tragedia que llenó de consternación a Castilla y a la cristiandad. El infante Don García Sánchez, único vástago masculino del Conde Don Sancho, cayó bajo el alevo-so puñal de los Velas. El enojo de su cuñado Don Sancho el Mayor no quedó aplacado hasta ver a sus asesinos quemados vivos en el castillo de Monzón; mas antes de cebarse en su castigo, quiso rendir el último tributo de su cariño al infortunado pariente, y escoltando el cadáver de Don García, vino a Oña a sepultarle junto a sus padres.

El quedar así Oña convertida en panteón de los últimos Condes, su proximidad a Burgos que ya por aquel entonces empezaba a eclipsar a León, y el

crimen perpetrado en la persona de su madre. Se han hecho célebres las palabras de la «Crónica General.» «Empos esto—es decir, de haber hecho apurar a su madre un brevaje que ésta le tenía preparado para él—el Conde Don Sancho con pasar a quebranto porque matara a su madre en aquella guisa, fizo por ende un Monasterio muy noble, e pusol nombre Onna por el nombre de su madre en la guisa que aqui agora departiremos. Et en Castiella solien llamar Mionna por la sennora Et porque la condesa donna Sancha era tenuta por señora en tod el condado de Castiella, mandó el conde toller deste nombre Mionna aquella ni que viene primero en este nombre. Et esta palabra que finca tollida dend mi, que llamasen por nombre a aquel monesterio Onna. Et assi se llaman oy en dia Onna».

Lo absurdo y mal urdido de tan grosera fábula salta a la vista del menos perspicaz. Afirmar que el nombre de Oña tiene su procedencia en Doña Mionna, es un despropósito y dislate histórico, constando como consta por documentos que Oña alcanza una antigüedad más remota. ¿No es más sencillo buscar su etimología en la raíz vascongada «oña» (pie) que tan bien dice con su posición topográfica al pie del monte? En los mismos contornos de Oña, ¿no son muchos los nombres de pueblos y términos de origen vascongado?

estar enclavada en una soledad tan bien acondicionada para la vida cenobítica, debieron recordar a Don Sancho su amado monasterio de Leyre.

Por eso cuando nobles y prelados le instaron para que extrañase de Oña a las monjas y las reemplazase por otra comunidad, acarició el proyecto de que Oña quedase convertido en el Leyre de Castilla. La extensión que con la impensada muerte de Don García alcanzarán sus dominios constituían a Burgos en punto céntrico de su dilatado reino: le importaba además halagar los deseos de sus nuevos súbditos a quienes la coyunda de un extraño, aunque este se llamase Sancho el Mayor, había de serles costosa sobre todo después de haberse visto regidos por Condes de la talla de un Fernán González y un Sancho Garcés; si sus épicas hazañas lo ponían a la altura de aquellos guerreros, le importaba también anular su esplendidez con fundaciones que dieran idea de su grandeza. Interesado de ese modo su prestigio fué su primer pensamiento traer a Oña aquellos monjes de Cluny con los que había repoblado sus monasterios de San Juan de la Peña, Leyre e Irache, que tanto aprecio le merecieron siempre por considerarlos como garantía del fervor y disciplina religiosa.

Y a Oña fué destinado para implantar la reforma el célebre Paterno, criado en el mismo Cluny, bajo la dirección inmediata del gran San Odilón; y Oña vió desfilar por sus claustros a monjes tan notables como su primer abad Don García, llevado muy pronto por sus relevantes méritos a ceñir una mitra en tierras de Aragón; y sobre todo a aquel portento de santidad que se llamó San Iñigo, mozarabe bilbilitano, a quien Don Sancho en persona fué a sacar de los breñales de las montañas de Jaca, y que años después, en la fratricida rota de Atapuerca, había de recoger el último suspiro del infortunado Don García. (1)

Don Sancho, tan hecho a derramar mercedes entre los monjes de Cluny, hizo a Oña objeto de predilección, y prodigó a este monasterio, que consideraba hechura suya, privilegios e inmunidades que le elevaban a la categoría de regío. Sus abades ejercerán jurisdicción sobre pueblos innumerables que los pongan a la altura de los grandes de Castilla, y se presentarán en Roma y Perpiñán con el boato de un arzobispo de Burgos; y allá en los tiempos del Rey Felipe IV veremos al insigne abad pamplonés P. Redín, emular las maravillas con que el valido Conde-Duque entretendrá los ocios de su dueño en el Retiro de Madrid.

Y tan ligado se creyó Don Sancho al monasterio que, dejando los enterramientos reales de sus antepasados en Leyre, quiso dormir el último sueño en el de San Salvador de Oña, como lo habían de hacer sus hijos García y Fer-

(1) Según tradición de esta casa, San Iñigo (a quien veneraba mucho Don García), y Santo Domingo de Silos quisieron interponerse entre los dos hermanos para evitar aquella fratricida contienda. Sus buenos oficios fracasaron ante la obstinada ceguedad de Don García que víctima de la lucha pudo consolarse de morir entre los brazos de su entrañable amigo Iñigo.

nando en Santa María de Nájera y San Isidoro de León. Tal vez algún otro móvil se mezcló también con el afecto. ¿No preveería con su gran perspicacia política, que su malhadado testamento excitaria la animosidad de sus belicosos hijos y quiso interponerse para evitar una catástrofe?

IV

Lamentamos con Don Vicente la Fuente y el Sr. Ballesteros, el que un monarca de la valía de Don Sancho el Mayor carezca de biografía seria y documentada que ponga en claro hechos trascendentalísimos de su vida; y por lo que respecta a su muerte, como muy bien afirma Ambrosio de Morales, «no sólo hay incertidumbre y variedad en el tiempo, sino que aun cuasi no hay memoria de ella, y la poca que hay con extraña diversidad».

La concienzuda labor de Moret dejó fuera de discusión que ese fallecimiento acaeció dentro del año de 1035. Lo árduo de resolver es la tan traída y llevada cuestión de su enterramiento que, complicada y embrollada por datos especiosos, ha dado pie a las más peregrinas y extrañas hipótesis.

Sabido es que la Colegiata de San Isidoro de León y el Monasterio de Oña se adjudican sucesivamente la gloria de poseer los restos de Don Sancho presentando en su favor datos que a sus patrocinadores se antojan irrefragables.

Para dar con la verdad en hechos de esta índole hay que abordar el problema bajo todos sus aspectos, sin omitir el más insignificante testimonio que pueda proyectar algún rayo de luz. Y a nuestro entender, para dar una solución definitiva y satisfactoria, no sólo hay que contraponer y parangonar documentos con documentos, sino que precisa además apelar a razones históricas cuando vengan a corroborar o invalidar una opinión.

Y entrando de lleno en la cuestión, ¿puede sostenerse hoy en día que Don Sancho esté sepultado en Oña cuando, además de aseverar lo contrario su epitafio de León, está en contra del incontrastable testimonio del Tudense? Más aún; ¿no contradice también esa opinión la tradición asturiana de su muerte en Campomanes, que facilitaba de ese modo el acceso a León u Oviedo y consta así por la Crónica General? Y en todo caso ¿no es inconcuso que los sepulcros de Oña sobre ser de hechura moderna quedan convictos de su falsía con sólo considerar la incongruencia de apellidar a Sancho el Mayor, *Abarca*?

Que el primer sepelio de Don Sancho fué en Oña, después de haber fallecido de muerte natural, lo atestiguan de consuno documentos tan cercanos al suceso como las historias del monje de Silos y de Don Lucas de Tuy, los Anales Complutenses con las memorias contemporáneas hasta llegar a nuestro insignie compatriota D. R. Jiménez de Rada. Véase como muestra, el expresivo testimonio del Silense, si bien no exento de anacronismos: «El rey Sancho, dice, murió en buena vejez lleno de días, mientras su hijo García peregrinaba para cumplir un voto, en la era 1073 (de Cristo 1035). Al cual, Fernando en-

terró en el monasterio de Oña con la pompa y magnificencia que a tal padre convenía».

Muy corrido el siglo XIII, cuando el ambiente estaba cargado de consejas y leyendas, y la tendencia a lo maravilloso y extraordinario estaba tan en boga, apareció la Crónica General «aquel Libro (que muy bien clasificó Moret), »compuesto de varias manos poco felices, aun después de lo que la corrección »le ha cercenado, para que no tropezasen tantas veces en él los lectores de »buena discreción». En esa obra, tan plagada de fábulas, se refirió por vez primera que Don Sancho fué asesinado por un peón en Campomanes de Asturias cuando en piadosa romería se dirigía a Santiago de Compostela.

No sabemos si fué una mala encubierta enemiga para mancillar la fama de aquel gran rey que con toda razón puede llamarse el primer rey de España, después de la jornada del Guadalete y que hizo huir despavorida ante su espada a la morisma en todo lo largo de sus fronteras: o más bien fué una necia credulidad la que hizo estampar ese relato tan poco en armonía con los hechos. La maledicencia, como la bola de nieve, al rodar toma mayores proporciones, y con sorpresa vemos hoy que el peón asesino se ha convertido en un esposo o padre ofendido. Inconcebible parece que a una tal superchería se haya dado cabida en muchos libros de historia, ni aun siquiera con honores de leyenda o tradición.

Porque aun dejando a un lado los testimonios aducidos, que no admiten réplica, ¿no es un absurdo el que un rey anciano se ponga en camino para realizar una tan larga peregrinación y en el corazón del invierno metiéndose por territorios enemigos que reconocían la autoridad de Don Bermudo, su humillado rival? Ni vale decir que iba escoltado, por soldados suyos, como allí se asegura, y fueran los que en represalias arrasaron a Campomanes; porque además de ser inaudito que un monarca vaya a peregrinar rodeado de soldados, sube de punto el absurdo si se considera que era meterse en son de guerra entre gentes que tenían contra él recelos y odios.

¿Dónde, pues, se originó y tomó cuerpo esa fantástica leyenda tan arraigada en los libros? Sencillamente en un desliz de pluma y en tornar como base un falso supuesto. El desliz se cometió en las obras de Don Rodrigo diciendo que fué sepultado «in coenobio Oviensi u Ovetensi», en vez de decir «Oniensi»; la semejanza de la *p* con la *n* (por no existir la *v*) dió margen a esa suposición. Decir que fué sepultado en el monasterio de Oña, deja la verdad en su punto, como quiera que era este sobradamente conocido en toda la España cristiana, al paso que en Oviedo se daban varios.

El falso supuesto está en atribuir a Don Sancho una peregrinación que mucho después había de hacer su primogénito García y no a Compostela, sino a Roma. El autor de la Crónica, que no debía distinguirse por su amor a Don Sancho o se dejó influir por una credulidad rayana en estupidez, confundiendo especies, dió ser a una fábula que tan solo existió en su fantasía.

V

No se puede ufanar Oña de poseer sepulturas de remotas centurias en las que se ha ido depositando el polvo de los siglos para darles ese sello de veneración que caracteriza a las de San Isidoro de León. Las tumbas reales que en la actualidad aquí existen, no remontan su antigüedad a más allá de fines del siglo XV. Los primeros sepelios verificados en la anteiglesia a las inclemencias del tiempo, dieron lugar a los agentes atmosféricos para dejar con marcadas huellas señalada su acción demoledora. Y a tan lastimoso estado debieron llegar que, no pareciendo decoroso a Sancho el Bravo el que permaneciesen allí por más tiempo, ordenó fabricar una suntuosa capilla, dedicada a la Virgen, que los albergó en su recinto hasta el último tercio del siglo XV; en 1479 el célebre abad, Don Fr. Juan Manso, llevó a cabo la magnífica obra de los panteones reales que colocó bajo soberbio baldaquino a ambos lados del altar mayor. Ocupando sitio de honor en el centro del lado del Evangelio, se hallan los panteones de Don Sancho y de Doña Mayor, su esposa. La tradición constante de esta casa jamás quiso admitir que los restos de Don Sancho el Mayor, hubiesen salido de aquí en tiempo alguno.

El tan erudito cuanto benemérito cultivador de la historia de Oña, Padre Enrique Herrera, quiso cerciorarse de la autenticidad de los restos de Don Sancho, y con ocasión de limpiarse los afiligranados panteones regios, mandó sacar al claustro gótico la suntuosa arca de nogal rojo, rica en arcáicas labores de taracea sobre nogal blanco, en la cual, según la inscripción del siglo XV que lleva el testero, debían hallarse los restos de Don Sancho. Abierta la primera caja, hallóse otra en su interior desnuda de todo arte, cuya tapa no ofreció la menor resistencia. Presente al escrutinio un reputado cirujano, aseguró pertenecer los huesos a un solo hombre y de edad avanzada, rasgos que convienen perfectamente a Don Sancho.

No nos hemos explicado el escándalo que produjo en un D. Vicente la Fuente (Bol. A. de H., t. XIV, p. 194) al leer en un cuadro que contiene la nómina de los reyes, infantes y condes sepultados, el sobrenombre de *Abarca* con que allí se apellida a Don Sancho el Mayor. (1). Ciertamente que adolece

(1) Véase la revista vallisoletana núm. 2, págs. de la 79 a la 82: «Las tumbas del rey D. Sancho el Mayor».

Lado del Evangelio

Primer ataúd.

AQUI YAZE EL REY DO(N) SANCHO, (QUE) MATAR(O)N
SOBRE ZAMORA.

Segundo.

AQUI YAZE EL REY DON SANCHO ABARCA.

Tercero.

de impropiedad el calificativo; el menos versado en achaques de historia no ignora que el verdadero *Abarca* es el abuelo de Don Sancho el Mayor, pero ya el P. Yepes se había adelantado a decir que «a todos los descendientes les »dan algunos historiadores este sobrenombre» en cuyo caso equivale a decir Sancho el de la casa o dinastía de *Abarca*. Se ve que no estaba La Fuente muy familiarizado con la Crónica de Alfonso X en la cual tan repetidas veces, así se denomina a los monarcas de la dinastía navarra; ni conocía muy a fondo la historia de Don Rodrigo en la cual se llama al mismo padre de Don Sancho *Garsias Abarca*, por no citar al *Chronicon Burgense* y otros muchos.

VI

Los argumentos aquiles para los que opinan que esos restos descansan en León, se reducen principalmente a dos: en San Isidoro existen restos de un sarcófago que llevó la célebre inscripción trascrita por Berganza y otros historiadores:

«Hic situs est Sanctius Rex Pirineorum Montium, Et Tolosae, vir per »omnia catholicus, et pro Ecclesia: Translatus est Hic A Filio suo Rege Mag- »no Fernando. Obiit M.LXXIII.»

Según esta, fué trasladado a León por Fernando I, su hijo: a mayor abundamiento, a la vista está el testimonio de Don Lucas de Tuy, escritor de principios del siglo XIII y testigo de mayor excepción, por cuanto que además de

AQUI YAZE LA REYNA, MUGER DEL REY DO(N) SA(N)CHO
ABARCA.

Cuarto.

EL INFA(N)TE DO(N) GARCIA, HIJO DEL EMPERADOR DO(N)
A(LFONS)O.

Lado de la Epístola

Primer ataúd.

AQ(UI) YAZE EL CO(N)DE DO(N) SA(N)CHO, FU(N)DADOR
DE ESTE MONESTERYO.

Segundo.

AQUI YAZE LA CO(N)DESA DOÑA URRACA, MUGER DEL
CO(N)DE DON SA(N)CHO.

Tercero.

AQUI YAZE EL INFA(N)TE DO(N) GARCIA, HIJO DEL
CO(N)DE DON SA(N)CHO.

Cuarto.

LOS INFA(N)TES DO(N) FILIPE Y DO(N) E(N)RIQ(UE),
HIJOS D E)L REY DO(N) SA(N)CHO EL QU(ART)O.

Para más detalles consúltese la preciosa monografía histórica «Oña y su Real Monasterio», original del monje de Oña Fr. Iñigo de Barreda, editada por vez primera y enriquecida con una introducción y notas históricas y artísticas por el Padre Enrique Herrera y. Oria, S. J.

ser leonés, fué por muchos años canónigo de la Colegiata y la refiere al detalle.

Ambos a dos testimonios, sin negarles su fuerza aparente, nos parecen inadmisibles; y al calificarlos de ese modo, no proferimos un juicio más o menos arbitrario o gratuito, sino que estimamos que, ni resisten a una crítica severa, ni desvanecen las ingentes dificultades que surgen en contrario. (1)

Comencemos por dar de barato que en el sarcófago en cuestión la inscripción allí esculpida sea coetánea al artefacto; pero veamos qué se contesta a estos reparos. Estando por aquel entonces tan en uso, sobre todo en León, los cenotafios o sepulcros de honor que venían a satisfacer exigencias de piedad y eran un lenitivo al dolor del difunto ausente: ¿quién, se atreverá a negar que ese sarcófago llenó un fin idéntico? Y ¿qué se alega a las réplicas de Sandoval, hombre tan familiarizado con los documentos y archivos, cuando asevera «y pues en san Isidro no se muestran los sepulcros de estos dos reyes, y los señalan con el dedo en san Salvador de Oña, allí hay que decir que están; y el haberse abierto la sepultura (y hallar un epitafio en que se dice haber sido trasladados allí los huesos) donde estaba enterrado el rey Don Sancho el Mayor, y consta claramente, que no era cenotafio, y sepulcro vano, no es decir que real y verdaderamente están allí los huesos de Sancho el Mayor?» (2). Pues qué ¿no es una incongruencia el afirmar que Don Fernando se llevó de Oña a su padre; y a Doña Mayor su madre que tanto le benefició en la herencia, la dejase allí? ¿Y no está por otra parte poco en armonía con el devoto espíritu de Don Fernando, que siempre acató las decisiones paternas, el contravenir a la expresa voluntad de su padre que quiso así distinguir con su afecto al monasterio de Oña, mandando ser enterrado aquí?

En el epitafio se dice que fue *trasladado*, es verdad; pero ¿no se lee igualmente en el de Don Fernando que *vi coepit regna Garsiae*, que con el poder de las armas se apoderó de los reinos de García? Consúltese a la historia para ver si concuerda con ese aserto. El P. Moret prueba con instrumentos diplomáticos que La Bureba, aun después de la rota de Atapuerca (que no trajo modificación de fronteras entre Navarra y Castilla) siguió perteneciendo a Navarra. De ser así. ¿Cómo pudo entrar en Oña Don Fernando a recoger el cadáver de su padre, no perteneciéndole el territorio?

El último reducto donde se guarecen los que optan por León, es la autoridad del Tudense (el insigne escritor a quien tanto debe la historia de España),

(1) A la vista tenemos un hermoso trabajo que debemos a la amabilidad del Muy Ilustre Señor Don Julio Pérez Llamazares, Abad de la Colegiata de San Isidoro de León, publicado en los Anales del Instituto de aquella ciudad y que lleva este título *Las tumbas del rey D. Sancho el Mayor*. Como buen leonés aboga *pro domo sua*, si bien rechaza de plano la muerte de Don Sancho en Asturias y sostiene que el primer enterramiento se efectuó en Oña.

(2) Véase al P. Yepes, t. 6.º, año 1034, cap I.

sin reparar que el monje de Silos, que se adelantó en un siglo a Don Lucas de Tuy, y escribía tan cerca de Oña, nada dice que pueda venir en favor de esa opinión, antes bien parece excluir toda duda en contrario.

Analícese el testimonio del Silense, gran admirador de Fernando I y que no pierde ocasión de ensalzarle y diluir hasta los más nimios sucesos de su reinado, mientras regala a su hermano Don García epítetos nada honoríficos; y adviértase que el mérito principal de este monje (que escribía casi a raíz de la muerte de Don Fernando), ante los críticos, es el «haber recogido en la tradición oral, aquellos sucesos más cercanos a la época en que escribe, siendo esta indudablemente la parte más útil de su trabajo». (1).

«Interea Domini Regis colloquium Sancia Regina petens, ei in sepulturam »Regum Ecclesiam fieri Legione persuadet. Ubi et *eorundem corpora juxta,* »magnificeque, humari debeant: decreverat namque Fernandus Rex vel *Onniae,* »*quem locum carum semper habebat,* sive in Ecclesia Beati Petri de Aslanza »corpus suum sepulturae tradere. Porro Sancia Regina, quoniam in Legionen- »si Regum Coemeterio pater suus dignae memoriae Aldefonsus Princeps, et »ejus frater Veremundus serenissimus Rex in Christo quiescebant; ut quoque »*et ipsa, et ejusdem vir,* cum eis post mortem quiescerent pro viribus labora- »bat. Rex igitur petitioni fidelissimae conjugis annuens, deputantur coemete- »rii, cui assidue operam dent tam dignissimo labori.» (2).

Al estampar Don Lucas las palabras de su Crónica: «Regina etiam Sancia »postulante patrem suum Regem Sancium a monasterio Onensi transtulit, et »cum aliis Regibus Legione sepelivit», tuvo ante los ojos el epitafio de San Isidoro y la Crónica del Silense; lo demás se lo hizo estampar, sin duda, el amor al terruño tan arraigado y vivo en él, como en la mayor parte de los escritores de la época, que no escrupulizaban cuando se trataba de acumular glorias en su ciudad o iglesia.

Sin pretender restarle méritos que contrajo con la historia, séanos permitido transcribir un fragmento del juicio que mereció a tan reputado crítico como Don José Amador de los Ríos; «.. al fijar la vista en su compilación y hallarle empeñado en la tortuosa senda abierta por el obispo don Pelayo; al contemplarle *truncando, variando o añadiendo a su placer* las obras de San Isidoro y San Julián; al notar por último la seguridad con que atribuye a San Ildelfonso una crónica plagada de anacronismos y de absurdos no se nos tildará por cierto de ligeros, *si desconfiamos del buen juicio histórico del Tudense* ya que no le culpemos de *mendaz y fabuloso*, nombre que ha dado la crítica al obispo Don Pelayo, cuyos pasos segundaba». (3).

Séanos por tanto permitido confiar más que en el testimonio del de Tuy,

(1) José Amador de los Ríos: Literatura española, t. 2, p. I., cap. XIII, p. 164.

(2) Según lo trae la edición del P. Flórez en la España sagrada

(3) Literatura española, t. 2.º, P. I, cap. XIII, p. 164.

en el buen juicio de Fernando I, que a buen seguro no se le ocultaba la malquerencia con que miraban los leoneses a su padre y que su presencia en aquel lugar les había de ser en todo tiempo mortificante.

VII

Para terminar y antes de abandonar la antigua abadía por cuyos claustros desfilaron tantos monarcas e hicieron célebre una pléyade de hombres ilustres, entre los que descuella el padre de la sordo-mudística, Ponce de León, echemos una rápida ojeada a los objetos de mérito más relevantes que allí se encierran.

No penetremos en el interior de la iglesia gótica de tres naves donde la piedad venera los cuerpos de San Iñigo y Santa Trigidia y en la que aun se perciben en sus muros las huellas de su primitiva fábrica románica, sin dedicar una mirada al pórtico del monasterio, estilo renacimiento; sobre él campea el escudo de los Austrias y le flanquean dos torres gemelas de planta cuadrada. Su capilla mayor, realizada por sillería de peregrina belleza que forma juego con los baldaquines que sirven de dosel a los panteones reales, prodigio de arte que pregonan el genio de autor cumbre, no desmerece de una catedral; y el claustro gótico, perla engastada en el templo y verdadero museo, será siempre reputado en su conjunto como obra maestra, y considerado como bueno entre los mejores de su estilo. ¡Lástima que la barbarie iconoclasta (no de ejércitos invasores o turbas demagógicas sino de algún intruso inquilino, de espíritu tan cerrado a las manifestaciones del arte como al sentimiento religioso), dejara señalado su paso en estatuas y relieves truncados que adornaban la zona inferior!

Del tesoro del templo, escasos objetos escaparon a la rapacidad; desde las abigarradas hordas del príncipe Negro que entraron a saco en el convento y le despojaron de preciosidades como el *arca guarnecida de rica pedrería*, donada por Sancho el Mayor, y de otras alhajas que la piedad de príncipes y magnates había ido acumulando, pasando por las expoliaciones que trajo en pos de sí el cambio de comunidad, y terminando en la francesada y desamortización de Mendizabal, ahuyentaron la inmensa riqueza de su iglesia que decía muy alto la suntuosidad con que se celebraba el culto divino.

El antiguo edificio, consolidado y con nuevos cuerpos agrandado, se conserva en sus líneas generales. Los cubos que de trecho en trecho se alzaban y que con los actuales torreones le daban el aspecto de fortaleza que tuvo a raya a partidas desmandadas lanzadas por los azares de la guerra a merodear por el territorio, han ido desapareciendo en época relativamente moderna

El vetusto monasterio amagaba desplomarse marchando a grandes pasos

hacia la ruina, pero ha resurgido a nueva vida al pasar a manos de la Compañía de Jesús; y ¡rudo contraste de los tiempos! torreones levantados en época de hierro para defensa militar, encierran hoy en su interior magníficos laboratorios y gabinetes científicos.

JAVIER BAZTAN, S. J.

Colegio de San Francisco Javier, de Oña, 28 Febrero de 1923.

